

Argumentos

Presentación

Esta es una publicación del
**Instituto de Estudios
Peruanos**
Horacio Urteaga 694
Lima 11, Perú
Telf. 432-3070 /
424-4856 / 431-6603
Fax [51-1] 432-4981
iepedit@iep.org.pe
**Lima, octubre de
1995**
Impreso por Tarea
Asociación Gráfica
Educativa

SUSCRIPCION

Nacional S/. 65
Extranjero US\$ 70
(Doce números)
ISSN 1021-2760

EDITOR

Luis Miguel Glave

COMITÉ EDITORIAL

Carlos Contreras
Luis Miguel Glave
Romeo Grompone

COLABORADORES

Julio Cotler
Marcos Cueto
Carlos Iván Degregori
Efraín Gonzales
Teobaldo Pinzás
Francisco Verdera

Cuando circule este boletín, ya se habrán producido las elecciones ediles en todo el Perú. Un análisis de la situación pre-electoral abre el número. Cualquiera sea el resultado, la contienda municipal habrá puesto en juego algunos de los nuevos factores que informan la escena política y los comportamientos electorales en esta coyuntura nacional. La apuesta por los técnicos o el perfil independiente, paralelos a la firmeza del presidente Fujimori.

Mientras tanto, la discusión sobre la política de población desapareció de los medios de comunicación. Como señalamos anteriormente, el tema, que fue anunciado como estelar en el desarrollo de la política general del nuevo período gubernamental de Alberto Fujimori, merece una amplia cobertura y una reflexión de naturaleza diferente a la que parecía estar detrás de las acaloradas discusiones que siguieron a los anuncios presidenciales de la puesta en marcha de estos nuevos instrumentos de una cierta propuesta de planificación.

En este contexto, el tema de

la mujer y su rol en la sociedad, apareció de manera muy amplia, pero poco clara. Por ello, publicamos contribuciones que ayuden a pensar la situación de la mujer, las relaciones de género y el vínculo entre planificación de población y definición de los factores de la política económica.

Un homenaje a Alberto Escobar, miembro distinguidísimo de la Asamblea del Instituto de Estudios Peruanos, cierra este número.

Contenido

COYUNTURA POLITICA

Campañas de baja intensidad y desinterés ciudadano
Romeo Grompone y Carlos Mejía 2

DEBATE: POLITICA DE POBLACION

"Tú te cuidas, yo controlo": género, sexualidad y anticoncepción
Carmen Yon 4

La pobreza de la política de población
Efraín Gonzales de Olarte 7

¿Mujer se escribe madre?
Kathya Araujo 9

CULTURA

Describir a Pinochet: la Intercepción de la cultura del miedo en Chile
Mary Louise Pratt 10

Patio de letras
Luis Miguel Glave 14

CAMPAÑAS DE BAJA INTENSIDAD Y DESINTERÉS CIUDADANO

Los bajos índices de sintonía del debate entre los dos candidatos a las alcaldías de Lima parecen demostrar que este nuevo proceso electoral carece de interés en una parte del electorado. Esta situación contrasta con otros comicios después de elecciones nacionales: los que culminaron en la elección de Orrego en 1980 y Del Castillo en 1986. En ambos casos no están en juego cambios políticos decisivos como en el triunfo de Belmont en 1989 que expresó el ingreso de los independientes a la política y los límites de la influencia de las organizaciones partidarias. Como en 1992, los comicios prueban la capacidad de endose de Fujimori con la diferencia que en aquella oportunidad se retira la candidatura de Pablo Gutiérrez mientras que ahora juega a un futuro reemplazo ordenado de su gobierno, apostando por un hombre de su más cercano entorno personal.

Romeo Grompone

Carlos Mejía

Las campañas de baja intensidad parecen demostrar la falta de interés o la incapacidad tanto de la ciudadanía como de las élites políticas en la búsqueda de una alternativa a Fujimori. Los partidos parecen dispuestos a dejar pasar un periodo mayor de tiempo mientras esperan una coyuntura propicia para volver a la escena pública. La estrategia de Andrade y Yoshiyama parecen invertir los tradicionales estilos de campaña que se han da-

do entre un candidato oficialista y otro opositor. Mientras el candidato opositor normalmente invoca el carácter político de la elección, Andrade reclama un proceso vecinal. A su vez, es Yoshiyama quien politiza la campaña subrayando el apoyo presidencial de manera que no quede duda en su opositor ni en el electorado.

Por otro lado, Andrade reivindica en su campaña la condición de alcalde antes que la de gerente y a la vez, se preocupa por destacar su conocimiento técnico y el manejo cuidadoso de todos los aspectos de la gestión, relegando declarativamente a un segundo plano la participación ciudadana. La

Las campañas de baja intensidad parecen demostrar la falta de interés o la incapacidad tanto de la ciudadanía como de las élites políticas en la búsqueda de una alternativa a Fujimori.

elección de sus candidatos y regidores ha seguido un proceso parecido a la selección de personal en cualquier empresa, previa presentación de "currículum" y entrevista de evaluación. Detrás de estos mensajes contradictorios se encuentra la certeza que la neutralidad casi aséptica frente a la política asegura mayor eficiencia en la administración edil.

Por su parte, en una entrevista el "gerente Yoshiyama" se

pronuncia en términos más generales e integrando su propuesta a un proyecto nacional, en un discurso más parecido a las candidaturas tradicionales de los partidos que el otro candidato. En sus *spots* de campaña aparece rodeado de pobladores y vecinos, mientras que Andrade subraya la presencia de un equipo técnico.

L a crisis del PPC

Lourdes Flores Nano, parlamentaria del PPC reconocida por su mesura y apego a las formas más institucionales de la democracia declara que votará viciado en las municipales en tanto ningún candidato la satisface plenamente. ¿Cómo un representante del PPC llega a esta conclusión, más aún cuando un antiguo correligionario, como Andrade, se encuentra en la contienda? Las respuestas podemos encontrarlas en la seria crisis que atraviesa dicha agrupación política desde las últimas presidenciales donde obtuvo dos representantes cuando esperaba una cifra considerablemente mayor.

El PPC soporta un conjunto de tensiones al interior de su organización y en relación con su electorado. En primer lugar, la disonancia entre el discurso socialcristiano —más matizado y consensual— y las tendencias fuertemente neoliberales de muchos de sus integrantes. En segundo lugar tenemos la existencia de cuadros y dirigentes que luego de ser educados y formados dentro del partido, se

consideran listos para intentar suerte fuera de él. Más aún cuando gran parte de su formación política estaba orientada a ser parte activa de algún gobierno. En tercer lugar, como resultado de su errática política en el CCD, la adhesión de su antiguo electorado a Fujimori y el perfil conservador de muchos de sus miembros. Finalmente, el éxito de un líder dentro del PPC puede ser interpretado como una oportunidad adecuada para saltar la valla partidaria; a la vez, una historia de fracasos también puede animar a algunos a buscar fortuna como independiente. Esto es lo que ha ocurrido con los pocos alcaldes que el PPC tenía en Lima —y que podían significar su posibilidad de permanencia— que ahora lucen los colores del grupo de Andrade. El tema que debe estar desvelando a los dirigentes del PPC y motiva las respuestas de Lourdes Flores parece ser ¿a quién le interesa mantener la organización?

La búsqueda de un fujimorismo sin Fujimori

En la presente coyuntura resulta obviamente prematuro asegurar el destino del fujimorismo en el país. Yoshiyama parece ubicarse dentro de una estrategia de reemplazo ordenado, donde Fujimori logre mantener una presencia visible y con capacidad de poder. Pero ésta no parece ser la única carta en juego. Fujimori puede dar más sorpresas aún.

La posible victoria de Andrade abre un escenario todavía incierto y de transición. No significa una derrota severa del gobierno sino la voluntad de los ciudadanos de proponer límites al gobierno en el tema de los gobiernos locales, como antes lo hizo en el referendum, entre otras razones por su desacuerdo en las políticas sociales, de educación y salud.

Por su parte, Andrade mantiene un discurso conciliador, presentando los motivos por los que el presidente debe apoyarlo. Cada vez que lo hace recibe una dura respuesta de Fujimori. Ha logrado esquivar los temas más controversiales de la campaña especialmente su posición frente al D.L. 776 donde ha sostenido una posición más ambigua que salomónica "de mantenerlo pero con modificaciones".

Finalmente, las posibilidades de que Andrade se convierta en una alternativa radican en su capacidad para articular lo local con lo nacional. Es una apuesta muy frágil teniendo en cuenta que la población parece diferenciar claramente ambos niveles y optar por distintas opciones en cada uno de ellos como se vio en el referendum y la reelección presidencial.

La posible victoria de An-

drade abre un escenario todavía incierto y de transición. No significa una derrota severa del gobierno sino la voluntad de los ciudadanos de proponer límites al gobierno en el tema de los gobiernos locales, como antes lo hizo en el referendum, entre otras razones por su desacuerdo en las políticas sociales, de educación y salud. El presidente puede asumir que su nula capacidad de endose significa un reconocimiento del carácter intransferiblemente personal de su liderazgo y decida prolongar su estadía en Palacio de Gobierno para mantener sus reformas y el modelo económico. Los adversarios del gobierno podrán considerar que el triunfo de Somos Lima, les permite cavar una primera trinchera en una larga guerra de posiciones. Sin embargo, queda pendiente la pregunta ¿coincidirá Andrade con esta interpretación? □

EVITE FRACTURAS Y PROBLEMAS A LOS HUESOS

OSTEO-CENTRO
Diagnostico Precoz de Osteoporosis

ESTUDIO DE LA DENSIDAD MINERAL OSEA
 "DENSIDIOMETRIA"

DIAGNOSTICO TEMPRANO DE LA OSTEOPOROSIS

¡Acuda HOY MISMO y prevenga las consecuencias de la epidemia silenciosa!

Jr. Elias Aguirre 244 - Miraflores. Telf. 444-4081

“Tu te cuidas, yo controlo”: GÉNERO, SEXUALIDAD Y ANTICONCEPCIÓN

**Carmen
Yon Leau***

Desde hace más de medio siglo, la regulación de la fecundidad y el uso de anticonceptivos han sido promovidos desde distintas ópticas e intereses: como mecanismo para separar el sexo de la

reproducción, como un derecho para promover la autodeterminación de las mujeres y la igualdad entre los sexos, como instrumento para promover la estabilidad de la familia, como una medida de salud, como un mecanismo de control social o eugenésico, o como un instrumento para ajustar el crecimiento poblacional con las metas sociales, económicas y ambientales. Estas motivaciones han sido complementarias o excluyentes, según el contenido que se le ha dado a la reproducción, a la sexualidad y a los factores que posibilitan u obstaculizan la autonomía del comportamiento reproductivo de las personas, y especialmente de las mujeres.

El "debate público, originado a partir del interés del gobierno en difundir los métodos anticonceptivos y hacerlos accesibles a la población de menores ingresos, ha puesto sobre el tapete por lo menos tres tipos de aproximaciones. Una, presente principalmente en el discurso del presidente Fujimori, que destaca las consecuencias sociales y económicas de la reducción de la fecundidad, enfa-

tizando la relación entre crecimiento demográfico, uso de métodos modernos y niveles de pobreza. Otra, destacada en el discurso de la jerarquía de la Iglesia Católica y algunos sectores de la oposición, que se centra en los aspectos morales y éticos que intervienen en el uso de anticonceptivos, poniendo en cuestión la autonomía de las decisiones individuales frente a la promoción de la planificación familiar y, especialmente de la esterilización, por parte del Estado. Y una tercera, legitimada por el gremio médico, que destaca los beneficios de la anticoncepción en la salud de las mujeres y sus hijos.

En la polémica, ha pasado casi desapercibido uno de los aspectos que pautan con más fuerza las prácticas y representaciones sociales en torno a la sexualidad, la reproducción y la anticoncepción. Se trata del modo diferenciado en que socialmente varones y mujeres, asumen responsabilidades y determinan acerca de su sexualidad y capacidad reproductiva.

Las inequidades en las relaciones de género intervienen e interfieren en el comportamiento reproductivo y en el proceso de toma de decisiones de las parejas sobre el uso de contraceptivos. Así mismo, interactúan con el diseño, la ejecución y el grado de eficacia de los programas de planificación familiar.

Control, derechos y responsabilidades²

Una encuesta recientemente realizada a los usuarios de 20 a 30 años de una Clínica Comunitaria en El Agustino, muestra por un lado, que alrededor del 62% de las mujeres y varones piensan que la mujer es la responsable de los embarazos o nacimientos indeseados, aun cuando el método que falló o se dejó de usar era el preservativo (masculino) o el retiro, de uso exclusivamente masculino. Pero, por otra parte, el 90% (mujeres y va-

Perú: Tasa global de fecundidad* deseada y observada según características seleccionadas. ENDES 1991-1992

Característica	Tasa global de fecundidad	
	Deseada	Observada
Area de residencia		
Urbana	1.7	2.8
Rural	3.0	6.2
Nivel de educación		
Sin educación	3.7	7.1
Primaria	2.5	5.1
Secundaria	2.0	3.1
Superior	1.6	1.9
Total	2.0	3.5

*Número promedio de hijos que se espera tenga una mujer al final de su período fértil.

*Socióloga, investigadora del IEP e integrante del Taller de Salud Sexual y Reproductiva de la Facultad de CCSS de la PUC.

1. Tuirán, R: "Sociedad disciplinaria, resistencia y anticoncepción". México, 1988. Tomado de Figueroa, Juan Guillermo: "Apuntes sobre algunas posibilidades de autodeterminación reproductiva en América Latina". En **Perfiles Demográficos**. Año 4, No 6. FLACSO-México, 1995.

2. La información mencionada en este punto corresponde a los usuarios de la Clínica Comunitaria de INPPARES en El Agustino. En: Yon Carmen, "Conflicto y negociación en el uso y la elección de métodos anticonceptivos: un acercamiento al comportamiento reproductivo de varones y mujeres". PUC, 1995. ms.

rones) señalan que *ellas* deben necesariamente consultar a sus parejas para elegir un método.

La elección de anticonceptivos y especialmente de anticonceptivos modernos de uso femenino, es percibida por las parejas de las usuarias como una fuente de inseguridad, pues los embarazos son vistos como una forma de controlar la sexualidad de las mujeres. El constante temor a que las mujeres sean infieles –incluso la posibilidad de que ello ocurra– o a la especulación de los otros acerca de ello, hace que los varones desconfíen del uso de métodos que brindan protección permanente a las mujeres y que no pueden controlar directamente. A ello se suman una serie de mitos y temores acerca de la infertilidad o el cáncer, con los que los varones sustentan o confunden su oposición a los anticonceptivos modernos (particularmente los hormonales o los dispositivos intrauterinos), alentando los miedos que ya tienen sus parejas.

Cuando las preferencias de las mujeres acerca de los métodos son distintas a las de sus parejas, el conflicto suele resolverse de dos maneras. Una es ocultárselo al varón, lo que exige optar un método que no sea fácilmente descubierto. La otra es, en la práctica, negociando el consentimiento de la pareja por un mayor control de sus relaciones interpersonales y el tiempo fuera del espacio doméstico. En este segundo caso, el argumento de mayor peso para convencer a los varones, no es la capacidad de las muje-

res para decidir sobre su sexualidad y capacidad reproductiva, sino el riesgo de tener (un) otro hijo indeseado. Es más fácil que los varones asuman –en alguna medida– que la regulación de la fecundidad es una responsabilidad compartida, lo cual se asocia también a la potestad de decidir sobre este ámbito; a que acepten que las mujeres pueden optar libremente según sus preferencias reproductivas y anticonceptivas.

Por otra parte, el uso de métodos anticonceptivos modernos no necesariamente contribuye a hacer más equitativas las relaciones entre los géneros, sino que incluso puede ser un instrumento que refuerza la subordinación de las mujeres. En el estudio citado, hallamos casos de mujeres que refieren que usando métodos modernos como la T de cobre o la esterilización, se sienten más seguras pero tienen menor capacidad de negociación con sus parejas acerca de cuándo tener relaciones sexuales. Los varones aducen que ante la ausencia del peligro del embarazo, no tendría que haber razón para una negativa de las mujeres. Incluso hay usuarias que por esta razón dejaron métodos modernos por naturales, a pesar de haber comprobado su menor eficacia.

En este sentido, la vieja reivindicación feminista acerca del derecho de las personas y particularmente las mujeres, a decidir sobre sus cuerpos, sigue vigente. Sin embargo, es imprescindible que dejemos de ver la participación del varón en la reproducción y la anticon-

Perú: Demanda insatisfecha de planificación familiar* según área de residencia y nivel educativo, 1993

Características	Demanda insatisfecha de planificación familiar
Área de residencia	
Urbana	13.2
Rural	25.3
Nivel de educación	
Sin educación	27.8
Primaria	19.7
Secundaria	13.8
Superior	6.8
Total	16.7

*Expresa el porcentaje de mujeres que pese a no desearlo quedaron embarazadas, presumiblemente por falta de información y/o acceso a los servicios de planificación familiar. Sólo se han considerado a las mujeres en edad fértil unidas conyugalmente.

Fuentes: INEI, Censos Nacionales de 1993. INEI, Encuesta Demográfica y de Salud Familiar 1991-1992. 1992. Tomado de: INEI, Perú: Demanda de Planificación Familiar. 1993.

cepción, sólo como obstáculo o colaboración marginal. Tampoco su protagonismo se puede medir en el empleo de métodos de uso masculino, pues ello no implica que vayan a cambiar los términos en que se distribuyen roles y responsabilidades o se toman las decisiones en la pareja; por el contrario, se dan casos en que ello contribuye a reforzar la desigualdad, e incluso los riesgos de embarazos indeseados o de contagio de enfermedades de transmisión sexual. Así, por ejemplo, la decisión de los varones de usar el preservativo, es entendida también como su opción de cuidarse en algunas circunstancias y con algunas parejas sexuales y con otras no.

Hace falta pensar el tema de la reproducción y la anticoncepción como ámbitos donde

intervienen tanto varones como mujeres, siguiendo pautas cons-truidas a partir de las relaciones e identidades de género, que se forjan desde su particular ubicación generacional, social, étnica y cultural. Invisibilizar o minimizar la participación masculina en la anticoncepción, sobre todo en la población con menores niveles educativos y donde las relaciones de género son peculiarmente desiguales, es disminuir el impacto de los programas de planificación familiar. Tomar en cuenta estas consideraciones, cuestiona el hecho de asociar el tema de la anticoncepción sólo al punto de vista médico o al acceso a métodos modernos o tradicionales. Implica también, pensar cómo intervienen factores de tipo social, cultural y psicológico y plantea el reto de encontrar la forma de abordarlos desde los servicios de salud, pero también desde las escuelas o los medios de comunicación. No sólo porque ello contribuya o no a cambiar la situación de inequidad entre hombres y mujeres, sino porque obviarlos afecta directamente la continuidad y la eficacia de la anticoncepción.

Planificación familiar: ¿la panacea?

Sería un error minimizar la importancia y la necesidad de di-

fundir los métodos anticonceptivos y de facilitar el acceso a los servicios de planificación familiar, sobre todo en las zonas rurales y urbano marginales. Los diferenciales entre las tasas de fecundidad deseada y observada de las mujeres rurales y con menor nivel educativo, hablan elocuentemente de una necesidad insatisfecha de anticoncepción o de una mejor anticoncepción. Mientras la mujer rural expresa desear 3 hijos, tiene en realidad 6.2 hijos. En el caso de las mujeres sin educación la brecha es aun mayor, ellas desean tener 3.7 hijos, pero en realidad tienen 7.1 (ENDES, 1991-1992).

Sin embargo, para que el énfasis que ha puesto el gobierno en la planificación familiar incida en la disminución de la tasa de fecundidad y contribuya a mejorar las condiciones de vida de los menos favorecidos y en especial de las mujeres, se deberá insistir en sus límites y en su relación con otros factores de tipo social, económico y cultural. La planificación familiar, está asociada sólo a una dimensión de la salud sexual y reproductiva de las personas. Al estar muy circunscrita a la anticoncepción y la regulación de la fecundidad, no asegura por ejemplo, la autonomía en las decisiones reproductivas de ambos miembros de la pareja, la responsabilidad compartida en la crianza de los hijos o una sexualidad libre de enfermedades de transmisión sexual y violencia física o emocional. De otro lado, el conocimiento y el uso de anticonceptivos no ofre-

ce inmediatamente resultados en el tamaño de las familias o en los patrones de nupcialidad. Generalmente se trata de un proceso con avances y retrocesos, que interactúa con otras variables como nivel educativo, nivel de ingresos, las expectativas y el grado de autonomía o subordinación de las mujeres³.

Por otra parte, en la medida que está asociado el espacio de las relaciones familiares, en general la noción de planificación familiar tiende a excluir a los varones y mujeres solteros, en su mayoría adolescentes y jóvenes.

Las acciones de planificación familiar, sólo tendrán resultados si se deja de vincular la demanda de anticoncepción exclusivamente a las decisiones y el comportamiento reproductivo de las mujeres y, particularmente, de aquellas que se encuentran unidas conyugalmente. Y, si la actual prioridad en materia de planificación familiar, se centra menos en la disminución de la fecundidad y las metas demográficas, para insistir más en el derecho de las personas a vivir su sexualidad de una forma placentera, libre y segura.

Se hace necesaria pues, la implementación de una política de población –no restringida a la planificación familiar– y de desarrollo, que incorpore las inequidades sociales y las desigualdades de género, además de una mejora en la calidad de los servicios públicos de planificación familiar. □

3. Ver: Yon, Carmen: "Planificación familiar y pobreza: verdades a medias", **Quehacer** No. 97, setiembre-octubre de 1995, DESCO.

LA POBREZA DE LA POLÍTICA DE POBLACIÓN

E

**Efraín
Gonzales
de Olarte**

El principal argumento del gobierno al aprobar la controvertida ley de Política de Población es que habrá menos pobreza si disminuye el crecimiento demográfico. Esta es una verdad a medias pues la pobreza se debe a varios factores, entre los cuales el exceso de población es uno, pero, desde luego, no el más importante. Si no se toma en cuenta los determinantes principales de la pobreza y del crecimiento demográfico, la política de población es bastante limitada.

Es curioso, pero en este debate nadie ha preguntado cuáles son las causas de la pobreza ni, de manera seria, cuáles son las razones del crecimiento de la población en el Perú, más allá de la falta de control para tener hijos.

Desde el punto de vista económico, la pobreza se debe a cuatro factores que se combinan: 1. La baja tasa de inversión, o subacumulación del capital, en relación a la población. 2. El modelo económico, que define qué capacidad tiene la economía de generar empleo bien remunerado. 3. La distribución de la riqueza y de los ingresos, cuyos mecanismos determinan quiénes ganan poco y quiénes mucho. 4. De las políticas estatales, que constituyen el principal medio de redistribución de riqueza, ingresos y posibilidades de progreso.

Como se observa, la población está involucrada en todos

estos procesos y su declinación depende de que el conjunto de factores conduzca a que las parejas tengan razones e incentivos suficientes para que *motu proprio* decidan controlar su prole.

Existe pobreza cuando la inversión y el capital son muy bajos en relación a la población. La receta del gobierno es reducir el denominador (la población) en lugar de aumentar el numerador (el capital), sobre todo, en aquellos sectores donde realmente falta capital, que son los sectores pobres. El incremento de la inversión está aumentando el capital de los sectores más modernos y más grandes, en buena medida en base a la inversión extranjera. Los chicos y pobres apenas pueden acumular. Una de las cosas que no se ha tomado en cuenta al liberalizar la economía, es que para ser competitivo en los mercados mundiales, la dotación de capital por habitante debe aumentar en relación directa al grado de apertura de la economía. Si ello no sucede, la pobreza relativa aumenta de manera repentina, tal como ha sucedido con la apertura comercial, que se hizo muy rápidamente.

El modelo económico primario-exportador, al cual nos conduce el ajuste estructural del gobierno, tiene tres características: 1. La inversión se concentra en los sectores de mayor renta diferencial y es intensiva en capital. 2. No crea empleo suficientes y 3. Concentra el ingreso. Bajo un modelo así el crecimiento no "moja" a los sectores po-

bres, tal como ya lo experimentamos en los años cincuenta con el gobierno del general Odría, en el cual hubo una gran inversión extranjera en la minería y pesca, gran apertura de la economía; en suma, un modelo libe-

...en este debate nadie ha preguntado cuáles son las causas de la pobreza ni, de manera seria, cuáles son las razones del crecimiento de la población en el Perú, más allá de la falta de control para tener hijos.

ral parecido al actual. Su epílogo fue el populismo porque no llegó a superar la pobreza.

La desigualdad de la riqueza y del ingreso en el Perú, que se desprende del modelo económico, se traduce en la capacidad de gasto que tiene la gente. En el Perú el 20% en extrema pobreza gasta apenas el 6% del total nacional, mientras que el 20% más rico gasta el 50%, según datos del Banco Mundial. Si la pobreza relativa no se corrige, existen pocas probabilidades para que la pobreza absoluta sea superada. Es decir, si no se remueven las causas por las que la mitad de la población en estado de pobreza sólo recibe un quinto del ingreso, no hay posibilidades de superar la pobreza, aunque la población se reduzca, ya sea por medios católicos o fujimoristas.

Existe pobreza cuando la inversión y el capital son muy bajos en relación a la población. La receta del gobierno es reducir el denominador (la población) en lugar de aumentar el numerador (capital), sobre todo, en aquellos sectores donde realmente falta capital, que son los sectores pobres.

Las políticas públicas –macroeconómicas y sociales– no favorecen de manera clara la disminución de la pobreza. Un ejemplo basta para ilustrar esto. Por un lado, el 66% de los impuestos que cobra el gobierno los pagan todos los peruanos, ricos y pobres, pues son impuestos al consumo (IGV, ISC, importaciones). Con dichos impuestos los pobres pagan proporcionalmente más que los ricos, en relación a sus ingresos. Por otro lado, los impuestos directos a los sectores altos (ganancias, ingresos y rentas) representan sólo el 19%. En consecuencia el gobierno no redistribuye (léase disminuye la pobreza) por el lado de la tributación, sino que desfavorece a los pobres.

Por el lado del gasto sí existe redistribución. El gasto social (educación, salud, infraestructura básica, FONCODES,

PRONAA y una decena de otros programas) permite una transferencia a los sectores pobres. Sin embargo, esta transferencia es menor de lo que el gobierno presenta, pues no toma en cuenta el balance entre lo que pagan los pobres como impuestos y los beneficios sociales que reciben a cambio. La impresión que tenemos es que los pobres están recibiendo algo más de lo que están pagando, pero no mucho más. En otras palabras las políticas públicas tampoco están reduciendo drásticamente la pobreza, aunque contribuyan a su alivio.

En suma, por el lado económico las principales causas de la pobreza no han sido afectadas ni por el ajuste estructural, ni por las reformas institucionales. En consecuencia, proponer el control del crecimiento de la población es hacer lo más fácil, sin que esto asegure necesariamente una reducción del número de pobres.

Los determinantes sociales del crecimiento de la población son múltiples y no se los ha tomado en cuenta. Por ejemplo, los campesinos tienen más hijos que los habitantes urbanos, porque necesitan mano de obra para trabajar la tierra. Para ellos sus hijos son sus principales generadores de ingresos. Otro hecho muy importante es que en un país en el que los sistemas de pensiones de vejez son limitados, los hijos constituyen el mejor seguro para sus padres ancianos.

La experiencia de los países desarrollados demuestra que la reducción del número de hijos

por mujer es el resultado de la incorporación de las mujeres en el mercado laboral, con empleos bien remunerados y en condiciones similares a las de los hombres. De esta manera, la independencia económica y la autoestima se convierten en los mejores incentivos para limitar el tamaño de la familia. En 1993, en Lima Metropolitana sólo el 9.2% de la población económicamente activa femenina estaba adecuadamente empleada. Del total de mujeres que trabajan, el 86% estaba en condición de subempleo, y de ellas, el 55.2% estaba en subempleo agudo. Bajo estas condiciones, el control de la población por voluntad propia de las mujeres está muy lejos.

La experiencia de los países desarrollados demuestra que la reducción del número de hijos por mujer es el resultado de la incorporación de las mujeres en el mercado laboral, con empleos bien remunerados y en condiciones similares a los hombres.

Obviamente, más útil que discutir sobre los pros y contras de los diferentes métodos anticonceptivos y sus derivaciones ético-religiosas, sería diseñar políticas de generación de empleo, especialmente femenino, bien remunerado y estable. □

¿MUJER SE ESCRIBE MADRE?*

La reciente Conferencia de Beijing ha puesto todavía más en boga hablar de mujeres. El énfasis de esta renovada presencia ha estado circunscrito a una problemática y perspectiva recortadas, exclusivamente centradas en el aspecto reproductivo. La polémica proclamación de una nueva política sobre población en el Perú y la participación del propio presidente Fujimori en la Cumbre de Beijing hablando sobre el papel reproductivo de la mujer, han contribuido indudablemente a subrayar ese sesgo conceptual. El derecho de todos a decidir sobre el propio cuerpo, y a contar con mayor control y espacio de decisión sobre la propia vida, debería ser ya indiscutible pero todavía es necesario aclarar una confusión. Hablar de la reproducción, de la mujer en su función procreadora y la consiguiente maternidad, no es el equivalente exacto a hablar de mujer.

Esta confusión detectable a todo nivel, ha encontrado apoyo en teorías que intentan dar cuenta de la conducta y la subjetividad humanas, reduciendo a la mujer a la condición de madre, y convirtiéndose en censoras de su desempeño a través de una serie estricta de pautas que definan lo que ella tendría que ser. Las indicaciones sobre la crianza de los niños, y lo que ello implica para la mujer como exigencias de contrapartida, es sólo una de las aristas, acaso de las más visibles: entre los exce-

sos y las carencias, vemos desarrollarse un movimiento pendular en búsqueda de un justo medio, por lo demás imposible.

Se ha intentado en el último tiempo acercarse al tema a través de una serie de análisis históricos, usados con el propósito de demostrar que el instinto maternal no existe. Pero ya Freud, a comienzos del siglo, señalaba que en los sujetos no se trata de instintos, que no hay un saber preestablecido escrito en el organismo. Dicho de otra manera, que no hay nada que lleve al hombre "naturalmente" a nada. Varios decenios después, Lacan va a precisar la exacta dimensión del papel que la cultura, por intermedio del lenguaje, juega para fundar y ordenar la subjetividad humana. El argumento de que no existe un instinto maternal es correcto, pues se trata, en efecto, de un producto cultural. Sólo que este aserto no lleva muy lejos, porque, como muestra el psicoanálisis, si nos decimos sujetos, no podemos dejar de agregar sujetos de cultura. La cultura no es, para el psicoanálisis, una suerte de elemento exterior a ser incorporado por una supuesta interioridad. La cultura nos antecede y tiene un papel constituyente. Plantearlo de esta manera no es ponerse del lado de un determinismo resignado y complaciente. Es más bien una indicación para resituar nuestra pregunta.

Posición de mujer y posición de madre aparecen claramente diferenciadas en la teorización que propone el psicoanálisis lacaniano (lo que no puede decir-

se de los desarrollos en lo que se ha dado en llamar, con absoluta exactitud, la "ortodoxia" freudiana). Que las mujeres estén destinadas a vérselas con el asunto de ocupar la posición de madre —esto es en lo que se juega respecto al hijo o hija—, es una cosa. Otra muy distinta es la que se juega al colocarse en posición de mujer. El psicoanálisis revela lo imposible, insoportable (en el sentido extremo) que esta última posición puede comportar, y, en esa medida, los esfuerzos que la cultura hace por velarla, por cubrirla. Ahora bien, las estrategias culturales que están del lado del cubrimiento (por muy necesarias que puedan ser para el propio mantenimiento de la cultura), deben ser evaluadas en términos de a qué sirven y qué consecuencias pueden tener para los sujetos.

Así, reducir a la mujer a madre es, sin ninguna duda, una estrategia cultural. Sin embargo, la pregunta que se impone es: ¿se justifica el costo que debemos pagar por ella? Debería ser claro que esta pregunta compromete a todos: a las mujeres, en tanto atrapadas por un sinnúmero de discursos prescriptivos que las arrinconan en la maternidad; y a los hombres, en tanto destinados a conservar a perpetuidad a la madre en sus mujeres. □

*Otra versión de este artículo apareció publicada en el diario **El Peruano**, 23.X.95.

DESESCRIBIR A PINOCHET: LA DEL MIEDO EN CHILE*

D

Mary
Louise
Pratt**

Después del golpe que lo ascendió al poder, el general Augusto Pinochet ofreció un discurso a la reunión inaugural de una nueva entidad estatal, la Secretaría Nacional de la

Mujer, establecida por la nueva junta gobernante. A un público "vasto e ilustre" el dictador propuso:

exponeros el pensamiento de las autoridades, con respeto al papel que le corresponde a la mujer en los planes del Gobierno que presido, y en el nuevo estado que este se propone instaurar en el futuro.

Con sólo citar esta frase se distingue el tajante autoritarismo que caracterizó al régimen militar, especialmente en este período temprano de triunfalismo y extrema violencia. Las personas tiene 'papeles' que les 'corresponden'; 'el pensamiento' se encuentra en manos de 'las autoridades' – las cuales no incluyen a las mujeres. La ciudadanía, como gustaba de decir Pinochet, consiste en *ordenar* u *obedecer*, y sólo aquellos que hacen bien una de estas actividades son útiles para el Estado. Siguiendo su discurso, Pinochet agrega que las mujeres en Chile siempre han sido "activas y efectivas colaboradoras en las vidas de los hombres". Codifica el papel que las

mujeres han desempeñado en la implantación de su régimen en el poder. Según el dictador, al colmo de la crisis política de 73, las mujeres chilenas "buscaban el amparo de una autoridad severa que restableciera el orden y la moral pública en nuestro país". Así subsume a todas las mujeres dentro de la categoría de aquellas que, en diferentes momentos y por distintas razones, se opusieron al gobierno de la Unidad Popular – la homogeneización es, de hecho, una de las tácticas centrales del discurso autoritario. La autoridad de las "autoridades", por lo tanto, también incluye el dominio sobre el poder interpretativo: los deseos de las mujeres son *definidos*, se les *atribuye* un significado a sus acciones, y hasta una epistemología: "En su *instinto femenino* [la mujer chilena] advertía claramente que lo que se definía en esos días dramáticos no era un simple juego de partidos políticos; era la existencia o muerte de la Nación". Por medio de su "clarividencia", dice Pinochet, ella (éste 'ella' que sólo existe como abstracción ideológica) supo ver más allá de la política de partidos, política que el régimen, como se sabe, había abolido permanentemente para esta época.

Obviamente no estamos citando esta retórica por su sutileza. A las mujeres el dictador les dicta que de acuerdo a las tradiciones del occidente su "misión como mujeres y madres" ha sido y sigue siendo la de: 1) defender y transmitir los valores espirituales, 2) servir

como un elemento moderador (parece ser, frente a los impulsos bélicos del hombre), 3) educar y transmitir conciencia, 4) servir como depositarias de las tradiciones nacionales. Aunque se les reconoce a las mujeres el *derecho* de ejercer una profesión, el general reclama mayor reconocimiento por su contribución en el trabajo que "les corresponde": la educación de los hijos. Mientras la igualdad de derechos y de oportunidad son innegables, dice Pinochet, la "participación auténtica" de la mujer debe ejercitarse "en relación a sus características".

La interpelación constante a las mujeres fue una de las características más salientes del régimen de Pinochet. Una de las ironías de la situación en Chile, como en otros lugares, es el hecho de que fue la dictadura militar la que tomó ventaja del vacío generado en torno a las mujeres por parte del discurso político y las estructuras de partido. No es que el régimen tuviese especial interés en el bienestar de las mujeres, sino que veía en los valores patriarcales un modo de obtener aquello que no podía lograr por sí mismo: la legitimidad. Los partidos políticos, de derecha a izquierda, nunca habían dado prioridad ninguna a las mujeres. Pinochet, en cambio, rara vez las dejó de lado. No estamos hablando de poder real, claro, sino de una manipulación del poder patriarcal. Aunque tal vez sí estemos hablando de poder real porque, como comentaré más adelante, durante los 17 años que estuvo en el poder, el

*Esta es una edición de la versión escrita de una conferencia dictada por Mary Louise Pratt en el Instituto de Estudios Peruanos.

**Universidad de Stanford, California

INTERCEPCIÓN DE LA CULTURA

general Pinochet presidió una movilización social y política de mujeres sin precedentes en la historia chilena y probablemente en la historia latinoamericana; una movilización que tuvo mucho que ver, eventualmente, con su caída. Al mismo tiempo, las ideologías patriarcales movilizadas por la dictadura funcionaron de manera amplia y poderosa, tanto a nivel inconsciente, como a nivel consciente, influyendo profundamente la manera en que las mujeres eran vistas y se veían a sí mismas.

Sin embargo, el paternalismo y el autoritarismo que se perciben en los discursos del general no se dirigían sólo a las mujeres. Estos rasgos caracterizaron a la retórica de Pinochet de manera más amplia. Los críticos han señalado con insistencia la retórica homogeneizadora, monoglósica, prescriptiva y *abstracta* de las dictaduras del cono sur. Como la música marcial que sale al aire por la radio mientras ocurre un golpe de estado, los regímenes militares buscaron sustituir el discurso público no simplemente con un silencio impuesto, sino con una implacable letanía monoglósica. Los regímenes se veían obligados a simular un discurso público que pareciera interpelar a todos los ciudadanos, mientras activamente desterritorializaban a quien quisieran. Esta implacable letanía monoglósica tiene como objetivo no sólo desechar, sino *prohibir* un concepto de la cultura y lo social como espacios de legítimo conflicto, heterogeneidad y nego-

ciación de diferencias. Como ha observado Priscilla Archibald, la clave de esta simulación es la ausencia de *argumento* y de *evidencia*. Fue contra este monólogo de abstracción y esencialismo que la práctica literaria del *testimonio* se constituyó como contradiscurso.

Diez años después del golpe, Diamela Eltit armó un proyecto diferente. Ella creó, o mejor, se encontró con una versión paródica del monólogo autoritario de la dictadura (que ya para los comienzos de la década de los ochenta empezaba a ser parodiado en Chile). Eltit hizo una serie de grabaciones de monólogos producidos por un hombre demente, que vivía a la intemperie en un barrio de Santiago, y que decía llamarse "El Padre Mío". 'El Padre Mío', dice Eltit, vive en un "completo estado de delirio". Su delirio, sin embargo, reproducía muchas dimensiones de la realidad que vivían todos los chilenos en esa época: paranoia, incertidumbre, una crisis del lenguaje en el que las palabras parecían no adecuarse a referentes, una sensación omnipresente de victimización y muerte.

Abundan las implicaciones irónicas: durante el régimen militar, sólo el loco de la calle puede hablar, y él sí tiene algo para decir. De hecho, el único hombre de la calle que está hablando libremente está loco. *El Padre Mío* ejemplifica la convicción de Eltit que en cualquier estructura hegemónica es necesario privilegiar la marginalidad como fuente de saber crítico. Al lado de la oratoria

descorporeizada de la dictadura, *El Padre Mío* parece apropiarse de esa oratoria y reciclarla de una manera que las autoridades no pueden descifrar.

En cuanto a la política económica el proyecto fue el de interrumpir la trayectoria histórica de "desarrollo" tal y como se venía dando en Chile. El objetivo era el de redirigir las estructuras económicas y sociales para apartarlas del desarrollo capitalista *nacional*, por el cual la industrialización estaba focalizada en el mercado interno, cuyo crecimiento estaba asegurado por el crecimiento de los niveles salariales. La economía se redirigiría hacia el mercado mundial, con una rebaja radical de los salarios. Para 1975, Chile tenía un índice de desocupación del 30% y los sueldos habían bajado un 30 a un 50%, precipitando a grandes sectores de la población en la indigencia. Fue esta rápida y drástica pauperización del país lo que inicialmente movilizó a las mujeres chilenas a colectivizar la vida doméstica en todas las maneras posibles. En los inmensos barrios empobrecidos actividades como comprar, cocinar, comer, coser, así como el cuidado de los niños, la atención médica, el lavado de la ropa, la producción artesanal fueron trasladadas fuera del ámbito de las casas hacia círculos, clubes y cooperativas, con el apoyo y la ayuda especialmente de la iglesia, la única fuerza de oposición

que el régimen se vio obligado a tolerar. Frente a circunstancias tan extremas, la piadosa retórica del régimen sobre el papel de la mujer parecía un insulto, o una broma.

La intervención económica fue acompañada, como se sabe, por la clausura de la sociedad civil y de sus puntos de contacto con el estado. Los partidos políticos fueron proscritos, el cierre de la prensa fue seguido por una censura draconiana, se impuso el toque de queda, las asambleas públicas fueron prohibidas, las universidades purgadas, las editoriales cerradas, el sistema judicial suspendido, la oposición aniquilada, y un régimen de terror se instaló en torno a la tortura y las desapariciones. Para entender lo drástico de esta ruptura en Chile se debe recordar que en el momento del golpe de estado, la sociedad chilena presentaba un grado extremo de politización. La lucha dramática entre el gobierno de la Unidad Popular y sus opositores se llevaba a cabo en inmensas demostraciones diarias en las calles y plazas de las ciudades de Chile, en particular en la plaza central frente al Palacio de la Moneda, la sede presidencial. Al momento del golpe de estado, los militares chilenos buscaron destruir este guión de participación pública, interviniendo violentamente en los puntos claves para la constitución de la ciudadanía. El golpe se anunció a través del bombardeo al Palacio de la

Moneda por parte de la fuerza aérea chilena – una extraordinaria herida autoinfligida. La destrucción de este espacio vital de la expresión política fue seguido por la invasión de otro espacio fundamental de la ciudadanía *no-política*: los militares se apropiaron del estadio nacional y lo transformaron en un centro de detención y tortura. El estadio se convirtió en una suerte de plaza con muros. Es difícil exagerar la fuerza simbólica y psíquica de la militarización de este espacio privilegiado para el ejercicio de una nacionalidad secular, civil y masculina.

La figura de la *plaza con muros* es emblemática del proceso de reimaginar el país que sucedió al golpe de estado. Chile se convirtió en la Fortaleza Chile, con sus entradas y salidas ferozmente vigiladas, sus disidentes expulsados, y el orden de lo visto y lo no-visto reconfigurado.

Otros paradigmas de resistencia se habían elaborado dentro de la "fortaleza" con gran efectividad por decenas de grupos opositores compuestos mayoritariamente por mujeres. Estos grupos también interceptaban y reciclaban la dinámica de lo secreto y de lo visto/no visto. La comunidad internacional se familiarizó con las imágenes de las manifestaciones de mujeres desfilando con las fotos de los desaparecidos, logrando, de tal manera, que éstos reaparezcan *como desaparecidos*. Otras modalidades innovadoras de acción social se produjeron en los Días Nacionales de Protesta los cuales, durante un período de in-

tensa oposición entre 1983 y 1986, se organizaron una vez al mes a lo largo del país. En una ocasión, por ejemplo, tuvo lugar en Santiago una elección ficticia: buzones electorales aparecieron misteriosamente en las esquinas de las calles y la gente fue invitada a participar en una votación simulada. En los barrios, se golpeaban cacerolas de manera aparentemente espontánea desde el interior de las casas a cierta hora del día – una espeluznante reedición de la estrategia que las mujeres de clase media usaron en contra del gobierno de Allende. Como de la nada aparecían equipos para pintar en las paredes y edificios murales que eran rápidamente terminados y fotografiados, con la seguridad de que serían borradas en una cuestión de horas o de días. La esfera literaria se mantuvo activa gracias a la organización de talleres de escritura, al principio clandestinos, como los que dirigió la escritora Pia Barros. Como respuesta a la censura, los talleres de Barros desarrollaron un nuevo modo de publicación denominado el "libro-objeto", por el cual colecciones de textos cortos en prosa eran publicados 'disfrazados' en objetos de consumo (como papel de carta, por ejemplo) o 'escondidos' en pequeñas bolsas de arpillera. El "libro-objeto" era a la vez un instrumento de marketing y un 'disfraz abierto' para evadir la censura; simultáneamente, para aquellos que conocían la chanza, el disfraz abierto apuntaba un dedo paródico tanto a la censura como al

consumismo que la economía neoliberal estaba instaurando en Chile.

Tales prácticas buscaban contrarrestar la reorganización autoritaria de la ciudadanía que el régimen estaba imponiendo a nivel muy cotidiano. Como sugieren los ejemplos ya mencionados, una de sus principales armas físicas y psíquicas fue la reorganización y resimbolización del espacio público. Dos textos ofrecen ejemplos de esta resimbolización y de la respuesta a ello. El primero, publicado por la dictadura, es un relato de las celebraciones por el segundo aniversario del golpe el 11 de septiembre de 1975. El segundo es un texto en prosa de carácter notablemente experimental escrito por Diamela Eltit y publicado en 1983.

Las celebraciones para el aniversario, según la descripción oficial comenzaron en lo que para el régimen era el espacio central de la ciudadanía: los cuarteles del país donde, según se lee, "se celebraron misas solemnes." La celebración principal tuvo lugar en el patio de la principal academia militar de Chile —otra plaza con muros— donde los cuatro miembros de la junta rezaron por Chile acompañados por "cientos de militares y civiles". Al atardecer, se llevó a cabo una reunión pública en una gran plaza de Santiago, con los miembros de la junta sentados en un alto podio enmarcado por un enorme mapa de Chile. Bajo la luz de cientos de antorchas "que le otorgaban a la noche un aspecto inolvidable", se alzó una gigan-

tesca bandera nacional en el centro de la plaza y "el Presidente Pinochet se dirigió a todos los chilenos con un breve discurso." Luego —y ésta es la parte interesante— "cuatro civiles anónimos representando a las mujeres, la juventud, los trabajadores del campo y los obreros" se acercaron al podio y encendieron cuatro antorchas. Las antorchas fueron luego entregadas a cuatro cadetes que representaban las cuatro ramas de las FF.AA. Estos, a su vez, subieron las antorchas al podio y las entregaron a los cuatro miembros de la junta militar, quienes encendieron una gigantesca Antorcha de la Libertad que, de acuerdo a las fotos, era un inmenso anillo de acero de unos 10 metros de diámetro. A fines de septiembre, declarado el "mes de la patria", esta antorcha fue trasladada "en una ceremonia sombría" hacia la cumbre donde, en 1541, el español Pedro de Valdivia había fundado Santiago de Chile. "Ahí permanecerá como un símbolo de un país que quiere ser fiel a sus orígenes."

Uno de los aspectos más intrigantes de este ritual son las cuatro personas elegidas para representar a la sociedad civil, es decir, una mujer, un joven, un trabajador rural, un trabajador urbano. No es casual que la lista no incluya al sector social que, bajo un gobierno civil, constituye precisamente la parte central de la ciudadanía: los hombres adultos propietarios, aquellos que, según la clásica teoría de estado, asisten a la asamblea y votan. La juventud,

las mujeres y los trabajadores cobran sentido sólo en tanto conforman un conjunto agrupado en torno a este centro ausente. Por supuesto, lo que reemplaza a ese centro ausente y a esa imagen clásica de la ciudadanía son los militares, cuyo verticalismo está reproducido por el movimiento ascendente de las antorchas hacia el podio.

Lumpérica, el texto neovanguardista de Diamela Eltit publicado en 1983, se sitúa asimismo en una plaza de Santiago durante la noche. Esta plaza está presidida desde arriba por una figura llamada "El Luminoso". El Luminoso resulta ser un aviso de neón que arroja luz y palabras sobre los cuerpos de los que se encuentran abajo, una imagen potente del estado autoritario: la luz/el poder emanan de una fuente que no se puede ver. La protagonista del texto es una mujer llamada L. Iluminada que, desafiando el toque de queda, pasa una larga y alucinada noche en esta plaza, bañada por la luz fría de El Luminoso. Allí ella lleva a cabo una lucha épica por encontrar una convergencia de subjetividad, agencia, lenguaje y significado en este lugar oscuro, frío y enajenante, una reterritorialización de sí misma. Su búsqueda está expresada en un texto totalmente surrealista y, en primera instancia, virtualmente indiscifrable. *Lumpérica* fue escrito a comienzos de la década de los '80 en el contexto de dos sucesos desmoralizantes: el

PATIO DE LE

plebiscito de 1980, por el cual los votantes chilenos (supuestamente) aprobaron una nueva constitución que legitimaba el régimen de Pinochet, y segundo, una profunda recesión económica que produjo una genuina crisis en el paquete neoliberal, y consolidó la oposición contra el régimen. El mensaje de este libro, o mejor, uno de sus mensajes es que esta nueva convergencia de subjetividad y agencia tiene que buscarse (o inventarse) en la noche fría de la plaza bajo las implacables proyecciones semánticas de El Luminoso. No existe un "otra parte". El proceso que el texto le impone al lector es arduo y saturado de agonía y deseo.

En retrospectiva, la búsqueda de L. Iluminada parece profetizar una lucha ocurrida cinco años después, en la cual la movilidad fue también un arma contra el "estatismo" del régimen autoritario. Me refiero a la campaña electoral que se llevó a cabo durante el otoño de 1988 y que ganó el plebiscito que puso fin al régimen de Pinochet. La "Campaña del No" como se la llamó, fue también un intento concertado de "abrir un nuevo círculo" esta vez no en el ámbito de la literatura, sino en la política, la vida pública y la imaginación social de la ciudadanía chilena. A un electorado tan abyecto como L. Iluminada al comienzo del texto de Eltit se le debía otorgar confianza y esperanza en la posibilidad de recuperación de la vida pública y de

las plazas. Los puntos de intersección entre las estrategias representacionales usadas por la Campaña del No y aquellas de los escritores de la neovanguardia como Eltit constituyen una conjunción única y fascinante de historia literaria, intelectual y política. Los puntos de divergencia son asimismo reveladores, porque las prácticas estéticas de la neovanguardia, aún si ofrecen una poderosa poética de renovación, iluminan desde otro ángulo los límites de lo posible. Los textos de Eltit son, por ejemplo, igualmente proféticos de la decepción que siguió la redemocratización. Se trata, pues, de una coyuntura en la que la historia literaria del presente se abre hacia una búsqueda vital por el futuro. □

(Traducción de Dominique Kliagine).

E

**Luis
Miguel
Glave**

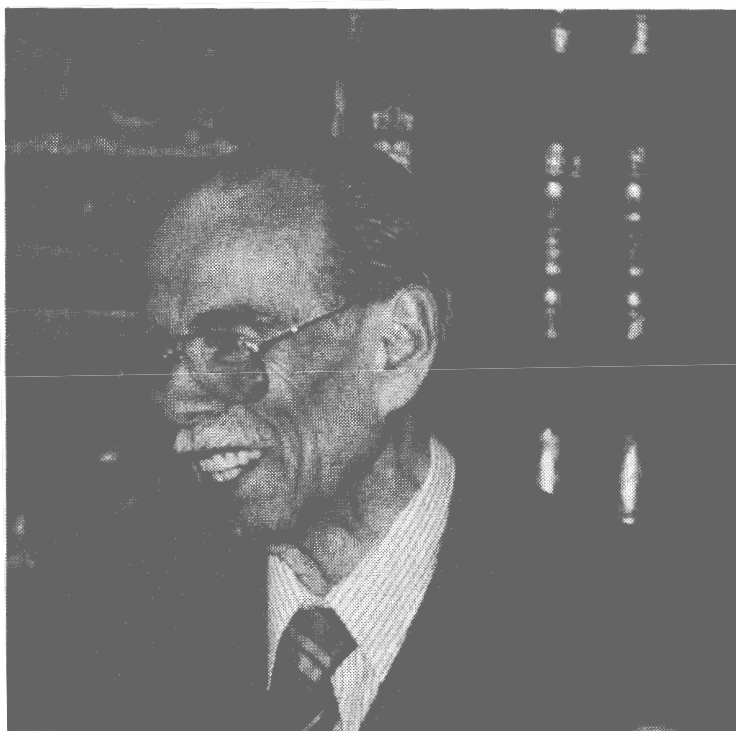
n una presentación de homenaje a Sebastián Salazar Bondy, la poetisa Blanca Varela se presentaba como parte una aventura que un grupo de creadores emprendió hacía algunos

años. En sus palabras, el escenario era el siguiente:

"Una experiencia que tenía, como toda pretendida o real aventura del espíritu, esa dimensión de ceguera o de azar que puede conducir al mismo tiempo a diversos destinos. Uno de ellos fue, sin duda, el arte, la poesía. Otro fácilmente ubicable en mi recuerdo y a través de cualquier lectura atenta de la obra de Sebastián, era el Perú. Ese terrible país nuestro, que él, como Garcilaso, como Mariátegui, como Vallejo o como Arguedas, amó y vivió con apasionada tristeza."

"Conocí a Sebastián en 1943. En el PATIO DE LETRAS de la Universidad de San Marcos", decía Blanca Varela. Fue en ese escenario donde una generación, que ha venido a llamarse la generación del 50, emprendió una aventura intelectual de significativa trascendencia en la creación de un imaginario nacional de fin de siglo. Junto con la Peña Pancho Fierro, "que abría su pequeña puerta en la Plaza San Agustín" y donde Alicia y Cecilia Bustamante junto con José María Arguedas, recibían a sus amigos y donde el arte popular y la tertulia cultural tenían su espacio privilegiado.

TRAS



En los años 50, en el patio de letras, los jóvenes creadores discutían sobre los tópicos que ya a fines de los 40 se trataban en la Peña Pancho Fierro, donde, según narraba la puertorriqueña visitante Concha Meléndez, se reunían Moro, Westphalen, Núñez y otros, en una verdadera concentración de creadores. Esa fue la época que iluminó una de las revistas más ilustres de la historia editorial peruana, *Las Moradas* que dirigió Emilio Adolfo Westphalen.

Washington Delgado, Carlos Eduardo Zavaleta, Julio Ramón Ribeyro, caminaban las baldosas del patio y se reunían junto con otros en los alrededores de la pila central. Así lo relata Esperanza Ruiz que, junto con Blanca Varela y otras mujeres, compartían la vida de esta

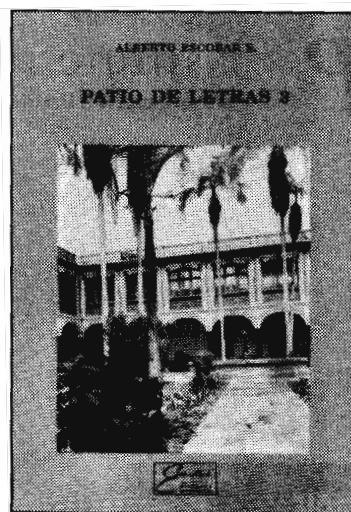
generación, entre el bar Palermo —el tercer gran escenario— y el patio de letras.

Entre ellos, alguien que desde entonces comenzó a pensar y sentir el Perú en una tarea de crítica y difusión sin comparación en el medio, fue don Alberto Escobar. Su obra es la más importante de la crítica contemporánea. No se trata de enumerar sus títulos. Basta recordar el último que dejó en el IEP, institución de la que fue fundador y animador: *El imaginario nacional. Moro-Westphalen-Arguedas. Una formación literaria*, un planteamiento novedoso, fresco y de renovación de su propia trayectoria personal y crítica, donde siguiendo su apreciación de vidas y obras ejemplares, de tres poetas vibrantes como E. A. Westpha-

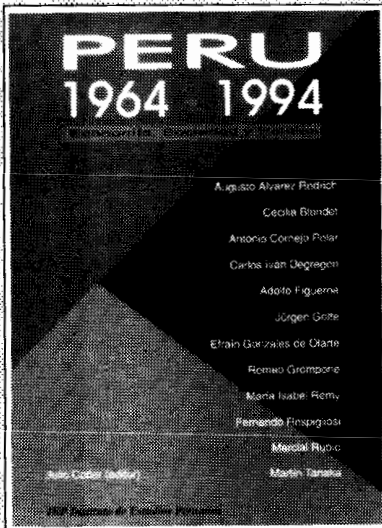
len, César Moro y José María Arguedas, plantea los derroteros de una investigación que merece ser continuada.

Radicado fuera del Perú, nos ha visitado para presentar la tercera edición de su libro compañero, de las páginas que han viajado con él en su recorrido por las lecturas, la docencia y la promoción de la creación del arte peruano. Así lo subrayó en su presentación Carlos Eduardo Zavaleta, el fino narrador, compañero de la aventura a la que se refería Blanca Varela. Libro que camina y se va creando. El título, no podía ser otro: *Patio de letras 3**, tercera edición pero nuevo libro. Siempre nuevo, como el espíritu de Alberto Escobar, distinguidísimo miembro de la Asamblea del IEP. □

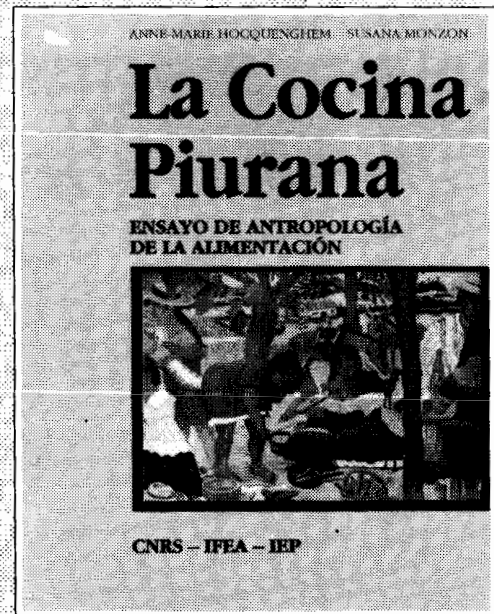
*Lima: Alfredo Alpiste Bazalar, 1995, 386 pp.



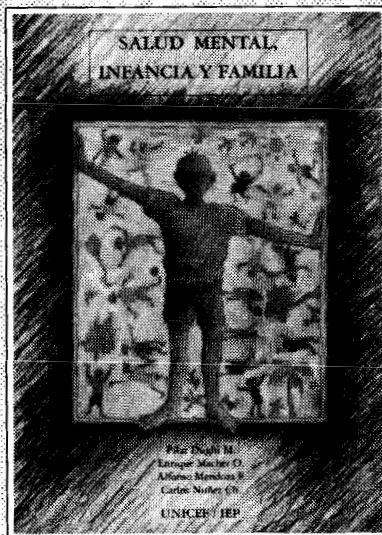
Nuevas publicaciones



Julio Cotler (ed.)
Perú 1964-1994
Economía, sociedad y política.
 341 pp.



Anne-Marie Hocquenghem
 Susana Monzon
La Cocina Piurana. Ensayo de antropología de la alimentación.
 196 pp.



Pilar Dughi,
 Enrique Macher,
 Alfonso Mendoza,
 Carlos Nuñez
Salud mental, infancia y familia.
 190 pp.

IEP

INSTITUTO DE ESTUDIOS PERUANOS

Horacio Urteaga 694 LIMA 11 ☎ 323070 / 244856 FAX (005114) 324981

BY AIR MAIL
 VIA AEREA

